

¿Qué sé - yo?

Platón:

LA TEORÍA DE LAS IDEAS

De

Jean - François Mattei

Traducción

Cipriano Sevillano Martín

PUF
2005

Nº880

Título original francés: Que sais-je? Platón
© Presses Universitaires de France, 2005

© de la traducción: Cipriano Sevillano Martín
© de esta edición: Cipriano Sevillano Martín

Edición: HiFer Editor
Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com

ISBN: 978-84-16209-16-3
Depósito legal: AS - 2741 - 2014



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright. © El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

Introducción

PARODOS **EL SENTIDO DE LA TIERRA**

Este podría ser un relato de Kafka o un cuento de Borges. Un día, un hombre se despierta y mira, los ojos vacíos, al rededor de él. Está completamente en la penumbra, sus compañeros murmuran como de ordinario y hablan de lo que ven, al fondo, sobre la pantalla rocosa. Las sombras verticales, ligeras y ágiles, se encadenan las unas a las otras y acompañan con su movimiento la curva de sus deseos. El solo permanece inseguro. Se siente turbado, menos por el dibujo de las sombras que por los propósitos de estos que buscan adivinar lo que está por venir. No tiene ya ganas de hablar de esos escalofríos furtivos que se deslizan sobre la muralla. No cierra los ojos, ni mira para otra parte; se contenta con detener un instante el flujo de las sombras de las cuales su espíritu —es así como él lo llama— está mecido desde siempre. Desde siempre, pero ¿antes?. Él se acuerda confusamente de otra cosa, y su malestar se acrecienta. Es un extraño malestar. No es ya el hambre o la sed que otros hombres venían a satisfacer sin desviarse del espectáculo familiar, y que no les decían una palabra. Un movimiento diferente lo agita, como si reconociese alguna cosa que no ha visto nunca. Se acuerda, y es eso de lo que se extraña, por primera vez, de lo que no ha pensado nunca.

Está de pie, ahora, sin saber como, y la cabeza le gira. Parte hacia delante, tropieza y cae, pero se encuentra completamente recto como si una mano invisible viniese a enderezarle. A pensar de su caída, que se renovará a menudo, la sensación no es desagradable; curiosa, más bien, insinuante también, que le empuja a levantarse, a cada vez, y a avanzar. Comprende por él mismo que aprende a caminar, y enseguida, es esa su mayor sorpresa, comprende que comprende o más bien, se dice el, aprende lo que él aprende como si sus gestos se reflejasen en su pensamiento antes de que su pensamiento no se reflejen en él mismo. Está completamente deslumbrado y se detiene. No se había dado cuenta de ello pero, a fuerza de franquear los cuerpos extendidos, ha olvidado sus protestas, incluso ha olvidado las sombras, detrás de él, para encontrarse de nuevo delante de un muro de piedra. No busca salida, porque no sabe lo que es, y se contenta con seguir el muro sobre su derecha, frotándolo con las manos, como si encontrase en él la medida de sus fuerzas. Y después, de repente, está del otro lado del muro que adivina en su espalda, a punto de subir un lado cada vez más áspero y cada vez más claro. No distingue aún entre el camino que sube y la claridad que lo baña. Es otra cosa, un-camino-que-sube-en-la-claridad, y está contento de él porque, al avanzar, piensa el claro-camino y piensa, sin esfuerzo, que piensa el claro-camino. El esfuerzo consiste en subir, no en pensar.

Ha rebasado la luz que calienta sin volverse porque tiene la idea de otro fuego y de otro calor. Es completamente extraño, se dice de nuevo, y está feliz de formular este pensamiento pero es seguro que allá arriba –no sabe muy bien lo que quiere decir «allá arriba»– verá otra fuente distinta de luz. Quizá es el fuego quien le hace pensar en la gran luz, o la gran luz quien le ha permitido reconocer el fuego. Poco le importa. El sabe, y ahora no ignora que el sabe, que cuanto más avanza, tanto más se esclarecen las cosas. Y comprende que el esclarecimiento es menos una intensidad que un esclarecimiento, que permite sacar la sombra hacia lo claro.

Al acordarse de las sombras de abajo, que ha amado mucho tiempo, mucho tiempo antes de cansarse de ello, se divierte en forjar la imagen de un «claro-oscuro». ¿Cómo alguna cosa puede ser a la vez oscura, como las sombras de antaño, y clara, como el camino de hoy y las piedras a lo largo del camino? ¿Cómo las sombras podían tener una línea de claridad que las separaba las unas de las otras y de la pared, y cómo las piedras, a su vez, pueden producir una línea de sombra que las distingue de ellas-mismas y del suelo?. Se da cuenta, poco a poco, que la línea de partición está en él, pero que él no es su autor.

Se ha detenido de repente, completamente en lo alto, porque la luz es demasiado viva. Y por primera vez, desde hace unos días, ha desviado los ojos. No para protegerlos o descansarlos, sino para pensar lo que hay de más luminoso. Lo pensará mucho tiempo,

en lo sucesivo, al recorrer el mundo superior, esta tierra de arriba de la cual presentía el sentido. Pensará lo que hay de más luminoso, y sabrá que el pensamiento de lo más luminoso no es si embargo lo que hay de más luminoso. La luz es lo que desborda toda cosa y, al desbordarla, le ofrece sus franjas y sus contornos. El descenderá de nuevo entonces hacia su caverna, más tarde, y entrará en ella con la cabeza zumbadora por el sol, porque se sabe llamado por lo oscuro. No ha olvidado la sombra, en definitiva, porque le hace pensar en la luz, en su contenido, y porque, la primera, ella le hace pensar en otra cosa distinta cuando se haya despertado. Al descender entre los suyos, suscita unas burlas y unos pullazos, enseguida la ira y el odio. No tiene cuidado o preocupación de ello. Sabe que su historia tendrá un fin, presentido desde el despertar, y que si él muere entre las sombras, es por haber experimentado la luz.

Como más tarde, pero eso, no lo sabrá, otro hombre distinto será asesinado por los suyos, una mañana incierta, el corazón dos veces retorcido por un cuchillo, el aceptará morir sin protestar. Su circuito celeste no habrá hecho más que darle el gusto, del cual está impregnada toda memoria, de la tierra natal.

Capítulo I

PATHOS **LAS DOS PRUEBAS DEL FILÓSOFO**

Se ha buscado el lugar de la caverna en Creta, en Santorini o en otros lugares, como se ha encontrado el emplazamiento de la Atlántida en el Mediterráneo, en el Atlántico o en una lejana galaxia. Era confundirse respecto a la enseñanza de Platón. La caverna no era otra que Atenas, en donde murió el filósofo pero en donde nació la filosofía, y Atlantis se presentaba como el espejo invertido de la ciudad ideal. Toda la vida de Platón mantiene su sentido de la muerte de Sócrates y de la ausencia de reconocimiento de los hombres. Los sofistas, con los cuales la ciudad confundió al maestro de Platón, eran esos hombres liberados que, al abrigo del muro, producían los espejismos de los que se embriagaban los prisioneros. Tomaban cuidado de ellos y los alimentaban con sus palabras, pero sin deshacer sus vínculos. Si Sócrates no abandonó nunca la caverna, como no abandonó nunca su patria, es Platón quien hizo el primero la prueba del extranjero arrancándose al mundo natal para experimentar su sentido. Tal es sin duda el impulso que le empujó hacia las orillas de Egipto o de Siracusa, incluso si terminó por fundar la Academia de Atenas, es decir en el corazón mismo de la caverna.

I.- La vida de Platón.

Nació en Atenas, o muy cerca de Egina, en el curso de la 88ª Olimpiada (428-427 a.J.C.), poco después de la muerte de Pericles y al comienzo de la guerra del Peloponeso. Su nacimiento sobrevino el séptimo día del mes de Thargelión, día aniversario de Apolo, mientras que el de Sócrates caía el sexto día del mismo mes, día aniversario de Artemisa, la gemela de Apolo y la patrona de los partos. Los dioses presidieron así en el nacimiento de la filosofía tanto que la genealogía de Platón no iba a la zaga. Hijo de Ariston, el joven Aristocles –su apellido de Platón es debido a su «ancha» estatura– descendía por su padre de Codros, el último rey de Atenas. Su madre, Perictioné, era la nieta de un Critias cuyo ancestro era Dropides, un amigo de Solón que, el mismo, remontaba hasta Poseidón, y la prima de Critias, uno de los Treinta tiranos, sin duda el narrador del diálogo epónimo; Critias el Joven habría tenido el relato de la Atlántida de la boca de su abuelo, Critias el viejo. Platón, que tuvo dos hermanos, Adimanto y Glaucón, y una hermana, Potoné, nació en una familia aristocrática de alta alcurnia, algunos de sus parientes, Critias y Cármides, desempeñando un papel determinante en la Tiranía de los Treinta que dio al traste con la democracia en 401.

Admitido en el círculo socrático después de haber seguido las enseñanzas del heracliteo Cratilo y del parmenideo Hermógenes, Platón estuvo conmovido e

impresionado por la condena de Sócrates durante el retorno de los demócratas. Sin embargo Sócrates había rechazado obedecer a los Treinta y parar con cuatro de sus conciudadanos a un partidario de los demócratas, León, entonces refugiado en Salamina. A la muerte de Sócrates, en 399, Platón se refugió en Megara al lado de Euclides y de su grupo de lógicos (Ebulides, Stilpon, Diodoro, Cronos), antes de participar en la batalla de Corinto, en 394, en donde los Atenenses fueron abatidos por los Espartanos. Empezó después un largo viaje a Egipto después a Cirenaica en donde hizo el conocimiento de Aristipo, el representante del hedonismo, y del matemático Teodoro, el teórico de los tamaños irracionales que se vuelve a encontrar en el Teeteto, el Sofista y el Político. Habría ganado entonces la Magna Grecia y reencontrado en Tarento al pitagórico Arquitas, filósofo, matemático y hombre de Estado. Diógenes Laercio refiere que Platón habría comprado en lo sucesivo contra cuarenta minas de plata una obra de Filolaos de Crotona, el más célebre de los sabios pitagóricos; se trata sin duda de un testimonio tardío de los medios neoplatónicos. Es de esta época, de 399 a 387, cuando datan los diálogos aporéticos de juventud: Hippias menor, el Primer Alcibiades, la Apología, el Euthyfon, el Critón, el Ion, el Hippias mayor, el Carmides, Lachès, Lysias, y el Protágoras.

Encontramos de nuevo a Platón en 388 en Sicilia en la corte de Dionisio I el Viejo, tirano de Siracusa, quien, dándose las de filosofía, había llamado a sus tres

hijas Dikaiosyne («Justicia»), Sophosyne («Templanza») y Arétè («Virtud»). Platón intentó convencer a Dionisio de instaurar un gobierno justo pero sin éxito; es entonces cuando se vinculo con amistad con Dion, el primo y cuñado de Dionisio. Esta primera experiencia no duró más que algunos meses y Dionisio remitió a Platón embarcándolo por la fuerza sobre un navío espartano. Se cuenta que el barco hizo escala en Egina, aliada con Esparta contra Atenas, y que los Lacedemonios pusieron en venta al filósofo como esclavo. Felizmente Anniceris de Cirene lo reconoció y lo compró para darle su libertad pagando 20 minas. Dion habría enviado el dinero, pero Anniceris no lo habría guardado y lo habría ofrecido a Platón para comprar el dominio de la futura academia.

Al regresar a Atenas en 387, Platón hizo la adquisición de un bosque sagrado de olivos situados sobre la ruta de Eleusis al noroeste de la ciudad, cerca de Colone, y consagrado al héroe Akademos que había revelado a Castor y Pollux el lugar en donde Teseo retenía a su hermana Helena. Platón dió el nombre de este héroe a la comunidad que fundó sobre el modelo de los círculos pitagóricos de la Magna Grecia. La Akademia fue así la primera escuela de «filosofía» —el término viene del medio platónico— y se presentó como una universidad primitiva, dotada de un reglamento, de un presupuesto, de salas de curso, y de un edificio consagrado a las Musas, el Mouseion, flanqueado de una biblioteca. El jefe de la Escuela, o escolarca, dirigía el conjunto de los

buscadores y de los estudiantes. A pesar de algunas interrupciones y de un cambio de lugar que la estableció en el gimnasio de Ptolomeo, la Academia subsistirá hasta que en 529 de la era cristiana, Justiniano cerrará las escuelas de Atenas. Ella recibía filósofos y sabios, como Espeusipo, el sobrino de Platón, que dirigirá la escuela después de su muerte, Jenocrates de Calcedonia, que sucederá al anterior, Filippo de Oponte, que editará las Leyes y escribirá el *Epinomis*, Heraclides del Ponto que fue un tiempo escolarca durante el último viaje de Platón a Sicilia, Hermodoro de Siracusa, o aun los matemáticos Teeteto y Eudoxo de Gnido, sin olvidar el más célebre de entre ellos, Aristóteles, que permaneció en la Academia veinte años antes de fundar el Liceo. Los diálogos llamados de transición datan de este periodo entre 387 y 380: el *Gorgias*, el *Fedón*, el *Menón*, el *Banquete*, el *Fedro*, el *Eutidemo*, el *Menexeno*, el *Cratilo* así como el primer libro de *La República* (o *Trasimaco*).

A la muerte de Dionisio el Viejo, en 367, Platón hace un segundo viaje Siracusa, a petición de Dion, para aconsejar al hijo del anterior, Dionisio II el Joven, que accedía a la realeza a la edad de 30 años. La aventura resulta corta y Dionisio, lejos de plegarse a las lecciones de Platón, ve en Dion y él unos conjurados. Dion, enseguida desterrado, va a refugiarse a Atenas, mientras que Platón es retenido en la ciudadela de Ortigia antes de ser autorizado a regresar; se compromete sin embargo a volver si Dionisio llama de nuevo a

Dion a su corte. Seis años más tarde, 361-360, Platón hace un último viaje a Sicilia, acompañado de algunos discípulos, pero no tiene éxito en lamentar y reclamar la causa de su amigo al lado del tirano. No llegará a recobrar su libertad más que gracias a la insistente intervención de Arquitas. A su regreso, Platón encuentra de nuevo a Dion en Olimpia en 360 con ocasión de los Juegos, pero no se une a su expedición para destronar al tirano. Si Dion tiene éxito en tomar Siracusa con sus bajeles y su ejército, después en instaurar un régimen tan tiránico como el anterior, el asunto se termina en sangre: Dion es asesinado en 354, después de tres años de reinado, por su amigo Callipo, un discípulo de Platón. La elección del despotismo esclarecido, que fascinará a los filósofos ulteriores, desemboca en un desastre total. Justifica la amarga constatación de Platón: «El género humano no pondrá fin a sus males antes de que la raza de estos que, en la rectitud y la verdad, se dedican a la filosofía no haya accedido a la autoridad política o que estos que están en el poder en las ciudades no se dediquen verdaderamente a la filosofía, en virtud de alguna dispensa divina.» (326 a-b).

Platón murió en 347, a la edad de 80 años, en el momento del declinar de la democracia ateniense; diez años después de su muerte, las ciudades griegas serán anexionadas al imperio de Filipo de Macedonia, después a aquel de Alejandro. Los escritos de vejez del filósofo entre 380 y 347, cuentan entre los más difíciles: la trilogía Teeteto, Sofista, El Político precedida del

Parmenides, el Timeo y el Critias, el Filebo, las Leyes, y la Carta VII, que es reconocida como auténtica entre las 13 cartas que tenemos bajo el nombre de Platón. Se ignora el orden exacto de composición de los 28 diálogos (de los cuales un monólogo, la Apología) que nos han llegado, siendo considerados 7 diálogos como dudosos (el Segundo Alcibíades, Hiparco, Los Rivalles, el Theages, el Clitofon, el Minos, y el Epinomis), siendo considerados los demás escritos como apócrifos (el Axiocos, Del Justo, De la Virtud, el Demodocos, el Sisifos, el Eryxias, así como las Definiciones).

II.- La muerte de Sócrates.

El día del proceso de Sócrates, Platón subió a la tribuna y se dirigió a sus conciudadanos en estos términos: «Yo que soy el más joven, Atenienses, de todos estos que han subido a esta tribuna (anabanton)...» Pero fue interrumpido por los jueces que, tomándole por la palabra, le gritaron riendo: «...¡han descendido!». Se le hacía así comprender que le era preciso bajar (kata-bainein) del tribunal y mezclarse en sus asuntos. Este rechazo de oír a un amigo del acusado mostraba al pueblo en asamblea que los juegos estaban hechos. Aquel que Platón denominaba «el hombre el mejor, y además el más sabio y el más justo de los hombres»